

Recuperando fuentes: La Narración de mi vida de Anaís Vialá, 1884-1937. Sobre niñas-aradoras y otras mujeres laborando los “campos de afuera” de la llanura pampeana

El propósito de este trabajo es el de aportar a la valoración de la *Narración de mi vida, 1884-1937* de Anaís Vialá como fuente indispensable para el mejor conocimiento del pasado regional, con énfasis en la visualización del trabajo rural de las mujeres durante la etapa colonizadora del sudoeste bonaerense.

De muy difícil obtención, este libro de 175 páginas, terminado de imprimir el 25 de abril de 1938 en los talleres de la Compañía Impresora Argentina S.A. de la ciudad de Buenos Aires, fue financiado por la autora y relatado de modo tal que se constituyera en una explicación “*que fuera a la vez la vindicación de mi conducta por todos sabida muy fragmentariamente*” (pág. 175). Sin embargo, conviene estar preparado. El propósito de Anaís no solo es alcanzado sino sobrepasado. Y la lectora inadvertida -hablo por propia experiencia- puede llegar a surgir de su lectura como atravesada por una tormenta de verano de lluvias y granizos, transida por una nueva percepción del pasado regional que, de pronto, conjurado por Anaís, se ha poblado de mujeres. Mujeres participantes en la producción, diestras chacareras que nunca fueron mencionadas ni en los textos escolares ni, mucho menos, incorporadas como fuerza productiva a los censos nacionales y territoriales.

### Los Vialá y su medio

Los Vialá llegaron para fundar la colonia Pigüé formando parte del primer contingente aveyrónés -de cuarenta familias- que viajó a la Argentina a instancias de Clemente Cabanettes, contratado por quien es considerado co-fundador y *leader* del grupo, Francisco Issaly (Andreu et al, 1977). Anaís recuerda que el arribo se produjo el 4 de diciembre de 1884 a las seis de la mañana, en tren; y el reparto de los lotes comenzó el 14 del mismo mes:

Ana María Lassalle  
pag. 239-248

“... Mis padres, Artemón Vialá y María Viargue y siete hijos, cinco mujeres y dos varones, constituíamos una de esas cuarenta familias fundadoras. De los siete hermanos, eran los mayores dos mujeres de 20 y 18 años y un varón de 14; las otras tres mujeres estaban por cumplir, una 10 años, otra, que era yo, 8 y la otra 6; y por último, el menor de los varones de dos o tres años.” (pág. 10)

Perteneían a un grupo y a una cultura con rasgos propios: profundamente religiosos, hecho determinante en la alta tasa de fecundidad que exhibían, no hablaban francés sino *patois* -el dialecto regional- y sostenían creencias, mitos y rituales que circulaban en una sociedad que tenía clara la división del trabajo entre hombres y mujeres, sus derechos y sus obligaciones.

Este tema no es menor si se tiene en cuenta que:

“El género es un concepto social y entraña la asignación de ciertas tareas sociales a uno de los sexos y de otras, al otro sexo. Estas asignaciones definen lo que se rotula como masculino o femenino y constituyen las creencias sociales sobre lo que significa ser varón y mujer en una sociedad dada y en un período determinado”. (Goodrich et al :1989)

Para llegar a la Argentina los inmigrantes habían debido sobrepasar tremendas dificultades y hacer frente, antes de abandonar Francia, a las murmuraciones lanzadas “por los agricultores, propietarios y patronos de obreros, (que) tratando de impedir el traslado, hicieron circular versiones de que se trataba (la Argentina) de un país de salvajes, en el que no existían, leyes, moral ni religión”<sup>1</sup>. (Pérez Issaly 1992:30) Pero esta espeluznante posibilidad fue rápidamente aventada mediante el reclutamiento de un sacerdote, el padre Alexis Domergue, cuya incorporación, por otra parte, “había sido gestionada oficialmente, entre otras razones por la necesidad de comunicarse en el dialecto del grupo”. (Pérez Issaly 1992:41) Sacerdote que, de paso sea dicho, hablaba también francés y, sin duda, daba la misa en latín. Esta fue oficiada por primera vez el 15 de diciembre de 1884 en un galpón perteneciente a Cabanettes destinado a taller de carretas, luego de algunas vicisitudes derivadas de la pérdida de la piedra sagrada que el sacerdote traía consigo y con la que había celebrado misa a bordo. Sobre la desaparición del Ara existen distintas explicaciones que aún hoy en día perduran en la memoria colectiva. Hay quien asegura que fue robada de una canasta en el puerto de Buenos Aires, mientras otros afirman que la Sra. Bousquets, sin conocer su destino y creyendo que se trataba de una burla de los saqueadores de equipaje, la arrojó al pavimento donde se hizo trizas. Por su parte, el sobrino del fundador asegura que el Abad “se la encargó a Mme. Bras, quien perdiendo el equilibrio al desembarcar, dejó caer la piedra al mar”. (Cabanettes, E. 1974:59) Desde el punto de vista de la investigación, el episodio y su resonancia en el presente es ciertamente significativo.

Fue en este ambiente que pasó su niñez Anaís Vialá. Y fue a esta sociedad y en especial a su grupo primario a quién desafió abiertamente, violando todos los mandatos, al separarse de su primer esposo, viudo de su hermana Albina. Dejó así atrás a sus cuatro sobrinos para huir del hogar conyugal y seguir a su nuevo compañero, F. Caussanel.<sup>2</sup>

1- El subrayado es nuestro

2-Hemos comentado sus vicisitudes matrimoniales en la ponencia -en prensa- *Más vale dos veces viuda que mal casada*, presentada en las V Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género, 1998.

Si su necesidad de vindicarse nace en aquel hecho que su familia, en especial su padre, se apresuró a vilipendiar, también es cierto que la rebeldía de Anaís se originó, más que en su ansia liberadora, en la indignación que le produjo la falta de reconocimiento por las duras tareas que desempeñó en el campo siendo solo una niña.

Y es tal vez la descripción minuciosa de estos trabajos la que, como casi siempre sucede con los *récit de vie*, aporta más y mejores conocimientos sobre lo socioestructural y lo sociosimbólico. Y nos aproxima a la realidad vivida por las mujeres-niñas en los “campos de afuera” bonaerenses. Oigamos a Anaís expresar con orgullo, (pág. 22, 23)

*“...Nuestro padre no nos ocupaba solamente en cuidar los animales. Fuimos grandes aradoras y sembradoras y trabajadoras en las cosechas: ningún trabajo de la chacra nos era desconocido.*

desplegar su conocimiento del laboreo sostenido en el tiempo,

*No se conocía entonces otro arado que el de mancera, tirado por una yunta o dos de bueyes, según que se arara en rastrojo o campo virgen. Cuando se araba en campo virgen, para un arado se precisaban dos personas: una para picanear a los bueyes y otra para sujetar al arado de la mancera. Me tocó durante muchos años el manejar la picana a la par de un peón o de mi padre o de mi hermano mayor.*

demonstrar su participación –similar a la masculina- en las tareas de siembra,

*También ayudé en la siembra. Mi padre o mi citado hermano llevaban el arado y yo detrás y cargada de papas partidas, iba echando en el surco un pedazo a cada tranco, igual o parecido trabajo hacía en la siembra de porotos o de maíz, poniendo las semillas en el surco, naturalmente, pero a menor distancia.*

*Después vino el arado que tenía dos ruedas delante y al que no precisábamos sujetar de la mancera: sembrando el maíz entre una de mis hermanas mayores y yo, como las papas, en surco, yendo una detrás del arado.*

El trigo era sembrado a vuelo.

*Primero, para que pudiera guiarse el sembrador, había que marcar la tierra que se iba a sembrar, poniendo en una rastra a la cincha de un caballo, un palo u otra cosa pesada que dejaba surcos en la tierra, a seis o siete metros, uno de otro.*

*El sembrador andaba a pie con una bolsa de echarpe con trigo, y tropezando aquí y allá realizaba trabajosamente su noble y fecunda tarea, que era la siembra a vuelo.*

rememorar el esfuerzo de lidiar con los embravecidos animales,

*Algunos sembraban a caballo. A mi hermana mayor ni a mí, no nos tocó sembrar trigo, pero sí marcar los surcos para que otros sembraran y también pasar la rastra de dientes para tapar el trigo, que, como es sabido, en la siembra a vuelo queda encima de la tierra, para esto se usaba una rastra con dos yuntas de bueyes. Estos eran dirigidos de a pie, con orejera: pero muchas veces, enfurecidos, sin que lo pudiéramos evitar, debido a nuestra*

*poca fuerza, daban una vuelta muy cerrada y volcaban la rastra, poniéndonos en graves apuros para volverla a su situación de trabajo.*

y agregar con lucidez,

*En medio de tan rudas tareas para la mujer, fuimos creciendo sanas y fuertes. Y a medida que crecíamos, crecían también los intereses de la familia y ello nos imponía cada año una nueva y más pesada labor.*

*Así, cuando había cumplido 14 años tuve que dejar las vacas en tiempo de cosecha para amontonar las gavillas de trigo o efectuar otras tareas (...) en las de los años siguientes tenía que acarrear las gavillas hasta la parva en un carro de dos ruedas. Mi hermana mayor me las alcanzaba con una horquilla de tres dientes, con la agilidad y la destreza de un hombre.*

*(...) Cuando venía mi padre, mi hermano o un peón a alcanzar las, gavillas era mi hermana quien arreglaba el carro; yo empuñando el rastrillo, reunía en él las espigas que quedaban en el suelo que habían ocupado las gavillas o que, al alcanzarse éstas al carro, caían.*

para exclamar al fin,

*Con qué ansias esperábamos la noche para descansar!”*

Pero Anaís no podía dormir, las torturantes tareas invadían su sueño, sacudido por las pesadillas. ...“*más bien despierta que dormida, veía al carro cargado de gavillas, tan ciertamente que una vez me levanté y fui a traer una horquilla para descargarlo.*” (pág. 23) Emparvar era una de las faenas más pesadas. Pero rebelarse le parecía inaudito “*temía los rezongos de mi padre y que me tratara de haragana*”<sup>3</sup> (pág. 24) un comentario sin duda tan atrocemente humillante y descalificador dentro del grupo original de pertenencia de la niña que le impedía cualquier cuestionamiento.

Y así fue transcurriendo la infancia, a veces empuñando el arado u ocupada en otras tareas agrícolas, otras al cuidado de “*animales andariegos*” perdiéndose en la lejura, “*aunque el sol curtiera mis manos y mi cara, o el viento se filtrara por todos los poros de mi piel y agitara mi amplio vestido como una bandera*” (pág.27) explica luego y agrega: “*Las polleras que yo usaba eran largas hasta el suelo y bien anchas, para andar a caballo*” (pág.29) ya que no estaba ni remotamente previsto que las chicas vistieran pantalones, aclarando después no sin cierto inocente orgullo:

*(...)“pero los vestidos de los domingos para ir a misa eran otra cosa. Solamente por enfermedad o muy mal tiempo se dejaba algún domingo de ir a misa, y era lógico que tuviéramos una ropa adecuada, yendo así regularmente vestidas”.* (pág.29)

En esa situación, estas niñas-aradoras de Pigüé, (y no debe pensarse que los Vialá fueron en la zona una excepción en lo que a este tipo de utilización de mano de obra femenina se refiere) pese a las duras tareas desarrolladas durante largos años, resultaron invisibles en sucesivas investigaciones sobre la producción agrícola en el sudoeste bonaerense. Pero endurecieron y afirmaron su temple. Como se verá más adelante, en el caso de Anaís, de algo sirvió tamaño esfuerzo. Hasta el momento, Anaís se había limitado a preservar, tal como los varones de su grupo, su *corpus* original de ideas, valores y representaciones y, por consiguiente, a

3-Todos los subrayados son nuestros.

respetar los mandatos de su particular grupo social. Pero la subestimación y extrema subordinación en que había sido situada en su rol de niña y futura mujer (y recordemos que las niñas son un *producto* de la cultura y no de la biología) y como tal destinada a alcanzar su estatuto social a través del matrimonio, ha comenzado a ceder. El trabajo desarrollado y especialmente aquel que -se lo ha demostrado a sí misma- es capaz de realizar con una habilidad creciente a la par de los hombres, comienza a empujarla hacia la construcción de una nueva identidad que tarde o temprano, la llevará a reaccionar, con toda la fuerza de su voluntad, contra el sojuzgamiento familiar y social.

He aquí una de las ventajas de esta narración. Como la mayoría de los *récit de vie*, esta autobiografía nos "*permite ver las decisiones y las acciones reales, y percibir tras ellas la red de relaciones sociales que las hacen posibles*". (Bertaux-Wiame, 1983) Que no es, ni por asomo, la única cualidad que la convierte en una valiosa fuente para el investigador regional.

### "No conocía más que el campo"

Arrancada del colegio en el que estaba como pupila interna desde poco tiempo atrás (en la familia Vialá se establecían turnos para que los niños recibieran educación) Anaís se vió compelida a casarse con su cuñado -un bebedor incorregible- a los 16 años. Eso la convirtió además en madrastra de cuatro sobrinos huérfanos de su hermana Albina. Una descripción de las motivaciones de este enlace superaría los límites de este trabajo. Sin embargo, no podemos dejar de tener presente que "*las transacciones matrimoniales están articuladas con arreglos políticos y económicos. (y que) Esta articulación crea una situación muy compleja y es muy difícil que las mujeres puedan salirse de ella o enfrentarla*". (Lamas 1986:191) Precisamente lo que Anaís se atrevería a hacer pocos años después, al experimentar el sinsentido de su vida en pareja: "*Eramos como un matrimonio de viejos cansados de vivir.*" (pág.37) y el abandono de sus padres:

*"habían tenido mucho apuro de que separara de ellos una hija que sin una vacilación, sin la más leve desobediencia y con abnegada constancia, había contribuido, como sus demás hermanos, a crear esa situación económica halagadora en que empezaba a encontrarse la familia".* (pág.36)

Durante su breve matrimonio debió asimilar el hecho de que "*nunca había hecho ni visto tampoco los trabajos de casa: no conocía más que el campo*". (pág. 38) Aunque se esforzaba por llevar adelante sus tareas domésticas (Anaís nunca había cocinado y ahora debía hacerlo encendiendo el fuego en el suelo a los costados de un pilar sobre los que apoyaban las varillas para sostener las ollas) pronto descubrió que su trabajo la sobrepasaba:

*"no solamente comprendía la atención de la casa, en cuanto al cuidado de mis hijastros, hacer la comida, lavar y preparar la ropa de todos, sino que debía dar de comer a uno o dos peones habitualmente y a ocho o diez, en tiempo de cosecha de trigo o de juntada de maíz."* (pág. 38)

Queda claro que esto no la eximiría de realizar las faenas del campo que, así lo había esperado Anaís, hubieran debido ser responsabilidad de su marido:

...“Tenía entonces que hacer otra vez el oficio de cuidadora de las vacas, bueyes, caballos y cerdos, pues los alambrados que había no impedían sus avances; y volver a sacar agua de un pozo a la cincha de un caballo, para todos. (...) Cuando llegó la primera cosecha, después de mi desgraciada unión, mi situación, en cuanto al trabajo que tenía que hacer, había cambiado, siendo ahora peor que cuando vivía con mis padres”. (pág.48)

El jueves 25 de noviembre de 1895 Anaís abandonó a su esposo, huyendo con su nuevo compañero, Caussanel, iniciando un largo trajinar por la región cuyos caminos intransitables hacían pensar que las distancias entre una población y eran infinitas. ¿Pero a qué género pertenece una mujer que siempre ha desempeñado, dentro de una cultura dada, trabajos destinados a los hombres? ¿Será como se lo escuché profetizar a Dora Barrancos<sup>4</sup> que aún nos quedan muchos otros géneros por descubrir? Lo cierto es que Anaís, intentando ejercer los trabajos propios de sus congéneres, se conchaba como cocinera en la estancia de Luro Cambaceres. F. Caussanel, por su parte, se desempeñará allí como quintero. De esa primera experiencia laboral fuera de su hogar, Anaís recuerda:

...“Yo nunca me había encontrado frente a una cocina económica para cocinar en ella, apenas si las había visto de lejos.” (pág.75). Encenderla y hacerla tirar resultó ser si no imposible, al menos tremendamente dificultoso. Un maestro de escuela termina por enseñarle los secretos de su manejo. Y prosigue: ...“En cuanto a la comida, la hacía como podía.. No sabía preparar platos delicados o simplemente apetitosos, ni sabía usar ninguna clase de especias para condimentar las comidas (...). Me hizo conocer así, dicha señora, (se refiere a una santiagueña que vivía en la estancia) el orégano, el tomillo, el comino y otras especias” (pág.75) y se lamenta: “Ah! Me decía yo, mis padres no me hacían hacer otra cosa que andar a caballo, cuidar animales y emparvar trigo, y ahora no sé hacer un puchero ¡Y nadie conchaba mujeres para andar a caballo!” (pág.76)

Pronto F. Caussanel va mostrando su verdadera idiosincracia, ...“mi compañero era, como debe haberlo notado el lector, un poco andariego, le gustaba cambiar seguido de residencia y de patrones”. (pág. 97) Ambos recorren el territorio y aprovechan nuevas oportunidades de trabajo que proveen a Anaís de otras destrezas y la posibilidad no solo de ganarse el sustento sino también de ahorrar buen dinero. Fue verdulera y patrona en un despacho de bebidas al que concurrían franceses, muchos de ellos vecinos y conocidos. Es especialmente interesante su descripción sobre los usos y costumbres de estos espacios de sociabilidad y sus parroquianos, y valioso su aporte para la mejor comprensión de la vida cotidiana en los confines de la llanura bonaerense a fines del siglo XIX:

...“En aquel tiempo no regía el descanso dominical; había muchos despachos de bebidas, y el campo se volcaba en los pueblos; venían los patrones con sus familias: éstas para oír misa y hacer compras, aquéllos para sus negocios, y las peonadas para divertirse y hacer sus compras también.” (pág.98)

Corre ya 1900, Anaís es ahora viuda de su primer esposo, fallecido el año anterior como consecuencia de sus excesos alcohólicos. Por fin, venciendo la resistencia de F. Caussanel y el empecinamiento de su padre, ha logrado casarse por segun-

4-Investigadora y autora de numerosos trabajos de estudios de género.

da vez y jantes de cumplir los 24 años! Ella no ignora que se trata de una mala elección. Caussanel se ha entregado a la bebida y ha llegado a maltratarla pero ella ya no es una jovencita obediente y atemorizada. Por otra parte, el acto legal la ha colmado de esperanzas: *“me sentía con más ánimo para todo (...) me parecía que mi camino se allanaba, que no habría obstáculo que no pudiera salvar airosamente”* (pág.101)

Al cumplir con uno de sus mandatos de origen siente que ha recuperado su *prestigio* ante la sociedad:

*...“entendía que mi casamiento me había elevado al plano de igualdad social que es la institución del matrimonio, hecho aquel que me acercaba de nuevo a mi familia y que alejaba la constante preocupación mía de los últimos tiempos”*.(pág.101)

En ese aspecto, esta autobiografía será de utilidad también a quienes estudian la organización social del *prestigio* como uno de los aspectos que inciden fuertemente sobre las nociones culturales de género y sexualidad, formando parte del orden político, económico y social. Y recordemos que el matrimonio, precisamente, ocupa un lugar destacado dentro de estos sistemas. (Lamas, 1986).

## El regreso a la chacra

Les tomó siete años ahorrar lo suficiente para arrendar una chacra, en el partido de Carhué: *...“Caussanel había conseguido realizar su deseo: era chacarero sin haber tenido otra ayuda que la de los brazos de los dos.”* (pág.106) Pero con el transcurso del tiempo Anaís (que ha retomado con fuerza lo que ella llama “los trabajos de la chacra argentina”) descubre que su esposo nada entiende de las faenas del campo:

*...“ Mi marido era hijo de minero de minas de carbón de piedra... (pág. 106) Nunca, hasta entonces, había hecho en forma completa trabajos de chacra; sabía nada más que medianamente arar con arado de mancera y algo de herrería por haber trabajado un tiempo con un herrero de Pigüé (...) En estas mismas andanzas que voy refiriendo, comprobé siempre que a un analfabeto le es más fácil ser un buen peón que a un letrado ser un buen patrón, sobre todo si el letrado es un inútil que cree que con sólo ser patrón tendrá todos los beneficios, sin incomodarse, como le pasó a Caussanel”*. (pág.107)

*“Yo tenía dos caminos para elegir: o dejar a mi marido que lo desbaratara todo o sentarme resueltamente en el arado. Elegí lo último.”* (pág. 111)

## Finalizaba el año 1902 y había que iniciar la arada.

### Relata Anaís:

*...“ antes la había realizado caminando, con arado de mancera que era más difícil y cansador. Ahora la hacía con arado de asiento. Iba sentada y*

*me parecía que ello significaba un ascenso y lo era, en realidad, en cuanto a los medios o útiles de trabajo”* (pág.111) y luego de esta muestra de irremediable optimismo prosigue:

*...“De los doce caballos que teníamos, yo ocupaba 8: cuatro por la mañana y los otros cuatro por la tarde. En esa forma aré unas 88 hectáreas que, con las 12 que el último peón que habíamos tenido aró, hacían las 100 que sembramos en 1903”.* (pág.111)

Huelga comentar el costo físico de esta tarea, llevada a cabo por una mujer, y de tantas otras faenas que, a poco que Anaís avanza en su descripción, posibilitan la visualización de la evolución de los instrumentos de producción y el paulatino desarrollo tecnológico en la zona. No corresponde comentar aquí el maltrato, las humillaciones, el hambre y las vejaciones que recibió de su esposo como pago de su sacrificio durante el mismo lapso. Baste decir que fue capaz de hacerles frente. Pero la recompensa no se hizo esperar demasiado: aunque con el recurso de una hipoteca y la solicitud de otros préstamos, llegado 1905, Caussanel y Anaís se convirtieron en propietarios de un lote en las cercanías de Puán. Detalles de esta operación financiera en la que intervienen más de un personaje y más de una institución, enriquecen aún más el valor de este testimonio sobre el medio rural chacarero, al menos hasta 1918, año en que el predio es vendido a muy buen precio: 26.000 pesos. F. Caussanel se dispone a vivir “de rentas” y se sumerge, irremediablemente, en el alcohol. Pero para entonces, ya ha iniciado lo que Anaís llamó “*la insensata carrera de su perdición*”. (pág.161) Es un camino sin retorno. Pocos años después (que fueron un calvario para su mujer) F. Caussanel, alcanzado por el delirio y la locura, es internado. Fallece en el Hospicio de las Mercedes el 2 de enero de 1923 y Anaís viaja a Buenos Aires para darle sepultura.

## Una nueva vida

*“Iba a probar una vida nueva, en la que solamente mi voluntad y mi criterio han dirigido mis pasos; vida, en fin, que me ha sido provechosa y agradable”* (pág. 170) afirma entonces Anaís y recuerda: *“Mi vida se deslizó desde entonces, tranquila, por sendas sin abrojos, trabajando a veces en la hechura de medias para ayudar a la pequeña renta que me daban 16.000 pesos.”* (pág-173) Esta suma aumenta luego del fallecimiento de sus padres y le permite cumplir con su sueño de “*la casa propia que la obstinación de mi marido me había dificultado; no era tarde todavía, aunque tenía entonces 46 años*”. (pág.173) Más tarde se convertirá en propietaria de otro inmueble, también en Puán y de una chacra de 160 has. Ambas serán arrendadas.

En Puán ha hecho amigos, juega a las cartas y, a veces, baila la *Bourrée* con su vecina en el patio lindero, una danza aprendida en la niñez, generalmente escrita en  $\frac{3}{4}$ , muy popular, originaria de la Auvergne y rápidamente adoptada en el Aveyron. Viaja cada tanto a Pigüé a visitar a sus hermanas y a sus innumerables sobrinos aunque, en el fondo, sigue siendo una campesina solitaria. Con gran algarabía de los chicos, prefiere organizar con ellos un “picnic en el baldío” antes que un té formal que la obligará a encerrarse en el comedor de alguna de sus parientes. Prosigue

su aprendizaje de las tareas “propias de una mujer” y comienza a tejer carpetas - dicen que muy bellas- con los canastos del “bicho-canasto”. Cultiva gusanos de seda y utiliza el hilo para sus labores. Cerca de los 60 años concibe la idea de redactar sus memorias. Y empieza a tomar apuntes en un cuaderno escolar, en calma, “dueña de mi voluntad y más bien feliz que infeliz” (pág. 7) para hacer una autobiografía que “fuera a la vez la vindicación de mi conducta por todos sabida muy fragmentariamente”. (pág.175) Está decidida a hacer trizas el “piadoso silencio”(pág. 175) con que aún intentan rodearla algunos de sus allegados y vecinos. Un silencio sólido como un muro que aún hoy es recordado por ancianos que formaron parte, hace mucho tiempo, de “los niños de la familia”.

Ha dejado “la noche atrás” y, precisamente porque ha abandonado para siempre las desdichas del pasado, ahora puede reflexionar y narrar sus experiencias, ayudada por su coraje y sostenida por el orgullo de haber forjado su destino.

## El presente de la narración

Durante el trabajo de campo en Pigüé -y en especial durante la última campaña de recolección de testimonios orales y escritos- pudimos reunir valiosos datos sobre la vida de Anaís (o *Anáis* como la llaman algunos pobladores de la zona) relativos al lapso en que se dedicó a escribir la *Narración de mi vida*. “La novela”, como la denominan algunos de sus sobrinos nietos. Tuvimos en cuenta, al interrogar a los informantes, que “la construcción de una historia de vida es el modo mediante el cual el individuo representa aspectos del pasado que son relevantes para la situación presente. Es decir, relevantes en términos de intenciones (orientadas al futuro)”. (Kohli, 1983)

Pero tanto los aspectos inherentes al presente de la narración, al itinerario de la formación de la identidad de la autora, al testimonio como género literario, al revuelo familiar que provocó la publicación de su obra, a la tumba que encierra sus restos emplazada -por expresa voluntad de Anaís- fuera de la conspicua bóveda familiar, a la imponente puerta que Artemón Vialá donó a la iglesia, ornada con placas de bronce que llevan su nombre, entre otros puntos no menos significativos, son temas de estudio que merecerían un tratamiento especial en posteriores artículos. También obviamos el comentario sobre los 23 años de vida de que gozara Anaís en Puán primero y en Pigüé después, transcurridos entre la finalización del libro y su muerte, acaecida en 1960. Otra cuestión pendiente es el de la discutible existencia de un corrector de estilo en la redacción de sus *Memorias*.

Constatamos que, a la fecha, sus convecinos y su descendencia indirecta -ya que no tuvo hijos- la recuerdan con comprensión, humor y el respeto que su *récit de vie*, movilizador e inolvidable, terminaron por acarrearle.

En la conciencia colectiva de su ahora ciudad, Pigüé, esta niña-aradora, casi mítica, (que representa a tantas otras), la única en dejarnos su testimonio escrito, abrió un surco profundo, del que mana, indetenible, el manantial de la memoria. Solo nos resta compartirlo.

## Libros

- Andreu J.; Bennassar B.; Gaignard R. et al., (1977) Les Aveyronnais dans la Pampa - Fondation, développement et vie de la colonie aveyronnaise de Pigüé, Argentine 1884-1974, Service de Publications de l'Université Toulouse-Le Mirail, Privat, Toulouse.
- Bertaux, Daniel, (1980) La perspectiva biográfica: Validez metodológica y potencialidades en Marinas, J et al. (1993) "La Historia Oral: métodos y experiencias".
- Bertaux-Wiame, Isabelle, (1978), La perspectiva de la historia de vida en el estudio de las migraciones interiores, en Marinas, J et al. (1993) "La Historia Oral: métodos y experiencias".
- Cabanettes, Emile, (1974), Clément Cabanettes, Fundador de la Colonia Aveyronesa de Pigüé en la República Argentina, editado por Ulises L. Issaly, Pigüé (Prov. Buenos Aires).
- Goodrich Thelma y otras, (1989), Terapia familiar feminista, Ed. Paidós.
- Kohli, Martin, (1983), Biografía: relato, texto, método en Marinas, J et al. (1993), "La Historia Oral: métodos y experiencias".
- Lassalle, Ana M.; Mayol Lassalle, Mercedes E. y Colombato Julio A., (1998), El largo viaje de Mme. Soulié. Serie La Pampa territorialiana II, Instituto de Historia Regional, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, Santa Rosa (LP).
- Lassalle, Ana María, (2000), Más vale dos veces viuda que mal casada Recuperando fuentes: La Narración de mi vida, 1884-1937, de Anaís Vialá, en: Mujeres en Escena, Actas de las V Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género. Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, Santa Rosa.
- Marinas, J. y Santamarina, C., (editores), (1993) La Historia Oral: métodos y experiencias, Editorial Debate, Buenos Aires.
- Pérez Issaly, Eva O. (1993), Francisco Issaly, de Aveyron a Pigüé, Dirección de Impresiones del Estado y Boletín Oficial, La Plata.

## Artículos en revistas

- Lamas, Marta, (1986), La antropología feminista y la categoría de "género" en Nueva Antropología, Vol. VIII, nº 30, México 1986.

## Fuente

- Vialá, Anaís, (1938), Narración de mi vida (1884-1937), Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina .

## Agradecimientos (Pigüé)

Esther Andrieu - José Arnausti - Emma y Angel Mangas - Félix Alazard - Dr. Fidel Rossel - Artemón Vialá y Sra.